

## HAROLD LLOYD

Reconocido hace mucho tiempo como el tercer gigante entre los grandes comediantes del cine mudo, Harold Lloyd gozó en su época de apogeo de más favor entre el público que Charles Chaplin y Buster Keaton. Su personaje de la pantalla, un joven con gafas de carey, no sólo sirvió de inspiración para el alter ego de Superman, Clark Kent, sino que encarnó la imagen que los Estados Unidos tenían de sí mismos en una etapa de auge industrial en la que nación vivió una rápida transformación de sociedad rural a urbana.

Harold Lloyd (1893-1971) personificó al típico chico americano, a menudo un pueblerino inseguro que se supera a través de una serie de *gags* de perfecta concepción y cadencia. Su forma de abordar el sueño americano –trabajar duro hasta alcanzar la cumbre, con inagotable energía y firme optimismo– era una proeza con la que se identificaban las masas. “Chaplin y Keaton vivían poéticamente en mundos de su propia creación, mientras que Lloyd vivía, con emoción pero sin asomo de duda, en un mundo que el público reconocía como propio”, escribe Dave Kehr.

Ese mundo se definió durante el periodo de plenitud de Lloyd, en películas magistrales como *Safety Last (El hombre mosca, 1923)*. En esta emocionante mezcla de comedia y *thriller* (un subgénero más o menos inventado por Lloyd), el ascenso hacia el éxito se expresa visualmente a través de un empleado de poco nivel designado para trepar por la fachada del rascacielos de unos grandes almacenes con fines publicitarios. La famosa imagen del *finale furioso*, Lloyd colgado de las manecillas rebeldes de un reloj gigante sobrevolando las calles de la ciudad es un icono cinematográfico de la modernidad. Al mismo tiempo, es la puesta en práctica definitiva de una idea que Lloyd llevaba revisando y perfeccionando durante toda su vida: en contraste con los comediantes “natos”, Keaton y Chaplin, él era un actor que había alcanzado su virtuosismo mediante concienzudos esfuerzos.

Puede que Harold Lloyd fuese menos adecuado para el culto al genio (lo que posiblemente explicaría que siga siendo comparativamente poco valorado hoy en día), pero este aspecto también pone de relieve su singular autenticidad: trabajó para abrirse camino tanto como los personajes de sus películas. Tras pasar varios años en un teatro ambulante, entró en el mundo del cine en 1912 y, con Hal Roach, produjo incontables cortos de un rollo que le hicieron famoso, aunque eclipsado por el Vagabundo de Chaplin. En 1917 Lloyd creó el conocido personaje “con gafas” (en la vida real él no las llevaba), pero se necesitaron muchos ajustes y la transición al largometraje para que su talento alcanzara su plenitud.

En las comedias de Lloyd, de *A Sailor-Made Man (Marinero de agua dulce, 1921)* a *Speedy (Relámpago, 1928)*, *gags* asombrosos se someten a una estructura narrativa clásica sin excesos en las imágenes. Ya sean películas de acción (*El hombre mosca*) o románticas (*Girl Shy/El tenorio tímido, 1924*), los ingredientes genéricos de la comedia muda, utilizados por otros de manera cutre, se integraban perfectamente en sus manos, convirtiendo sus principales obras de los años veinte en paradigmas de la gran tradición cinematográfica. A pesar su fluida transición al cine sonoro, la actitud amable de que todo es posible pareció repentinamente obsoleta durante la Depresión. Desde entonces, todas las generaciones parecen pedir el redescubrimiento de su obra. Si se mira más allá de la ingenuidad intemporal de Lloyd, nuestra propia época podría descubrir que sus historias de movilidad social son más pertinentes que nunca.

Alexander Horwath, texto de la retrospectiva de Harold Lloyd que tuvo lugar en el Filmmuseum de Viena.